

A cosa de media noche me fuí al baile que daban en un teatro de regulares proporciones que hay en el Coso, cerca de la plaza de la Constitucion. Las máscaras eran pocas y mezquinas; pero había en compensacion una multitud apretadísima, de la cual gran parte bailaba furiosamente. Porque lo declaraba la lengua de aquellas gentes conocí que asistía á un espectáculo de un teatro de España más bien que á un espectáculo de un teatro de Italia; pues en lo demás, me pareció ver hasta las mismas fachas, el mismo estrépito, la acostumbrada licencia de palabras y ademanes, y aquel degenerar del baile en alboroto bullicioso y desenfrenado. De las cien parejas que ví pasar por delante, una sola me dejó algun recuerdo en la memoria: formábanla un jovenzuelo como de veinte años, alto, esbelto, blanco, con grandes ojos negros, y una muchacha de la misma edad, morena como una andaluza; ambos hermosos y altivos, vestidos con el antiguo traje aragonés, abrazados estrechamente; el rostro de él junto al de ella como si cada uno de los dos quisiera aspirar el aliento del otro; encendidos más que amapolas, y radiantes de alegría. Rompían por entre la multitud echando en derredor una mirada desdenosa; mil ojos los acompañaban, y les seguía un murmullo sordo de admiracion y de envidia. Al salir del teatro me detuve algunos momentos en la puerta para verlos pasar, y luego me volví á la fonda solo y melancólico.—La mañana siguiente, antes del alba, partí para Castilla la Vieja.



## BÚRGOS



AY que remontar el valle del Ebro, para ir de Zaragoza á Búrgos, capital de Castilla la vieja, atravesando una parte de Aragon y Navarra, hasta Miranda, ciudad situada en el camino de Francia que va por San Sebastian y Bayona. El país está lleno de recuerdos históricos, monumentos, ruinas y nombres famosos: cada villa recuerda una batalla, cada provincia, una guerra. En Tudela los franceses vencieron á Castaños; en Calahorra, Sertorio resistió á Pompeyo; en Navarrete, Enrique de Trastamara fué vencido por Pedro el Cruel. En Agoncillo véanse vestigios de la ciudad de Egon, ruinas de un acueducto romano en Alcanadre, y restos de un puente árabe en Logroño. La mente se fatiga con los recuerdos de tantos siglos y de tantos pueblos, y los ojos se cansan á la par que la imaginacion. El aspecto de la campiña cambia á cada momento. Se hallan junto á Zaragoza verdes y hermosos campos con algunas casas, y sendas tortuosas, por las cuales se ven grupos de campesinos, envueltos en sus mantas de diversos co-

lores, cuando no algun carro ó alguna bestia de carga. Más léjos sólo se encuentran dilatadas llanuras desnudas, áridas, sin un árbol, sin un camino, y sólo de vez en cuando y por milagro se divisa un pastor, una res, una cabaña ó una aldea, cuyas casas de color de tierra son tan bajas, que se confunden con el suelo, dando triste idea de la miseria y suciedad de aquellos lugares. El Ebro serpentea á lo largo del camino formando grandes curvas; y ora se encuentra tan cerca de la vía como si el tren fuera á sumergirse en sus aguas, ora lejano como cinta de plata, que aparece y se oculta entre sinuosidades del terreno y céspedes de las orillas. A lo léjos se pierde larga cadena de azules montañas y más allá las blancas cimas de los Pirineos. Cerca de Tudela se descubre el canal; pasado Castejon la campiña reverdece, y poco á poco las áridas llanuras alternan con los olivares, y alguna franja verde rompe aquí y allá el amarillo antipático de los incultos campos. En las crestas de las lejanas colinas se ven las ruinas de enormes castillos, rematados en torres truncadas y hendidas, parecidas á brazos mutilados de postrados gigantes, que amenazan todavía.

Compré un diario en cada estacion, de modo que antes de llegar á la mitad del camino tenía un monte de periódicos de Aragon y Madrid, grandes y pequeños, negros y rojos, pero ninguno desgraciadamente amigo de D. Amadeo; y digo desdichadamente, porque á leer periódicos, era para volver la espalda á Madrid y marcharse á casa. De la primera á la última línea no se leía sino un monton de injurias, im-

precaciones y amenazas contra Italia, contra nuestro rey, contra nuestros ministros, contra nuestro ejército, basado todo en los rumores esparcidos entonces de que Italia y Alemania se unían para echarse sobre Francia y España, con el intento de destruir el Catholicismo, enemigo eterno de aquellas dos naciones, y colocar en el trono de San Luis al duque de Génova, asegurando de este modo al duque de Aosta la corona de Felipe II. Amenazas en el artículo de fondo, en la última hora, en la gacetilla: en verso, en prosa, en caricaturas, en correspondencias, con líneas de puntos suspensivos; diálogos entre padre é hijo, uno en Roma, el otro en Madrid, preguntando éste: "¿Qué debo hacer?" y contestando aquel: "¡Fusila!" Y de vez en cuando un: "¡Ya vienen! pero estamos dispuestos á demostrar que nuestra patria es todavía la España de 1808. No inspiran miedo á los vencedores de los ejércitos napoleónicos ni los hocicos de los hulanos del emperador Guillermo, ni la fama de los cazadores del rey Víctor Manuel."—Y designaban á Amadeo con el calificativo de *pobre muchacho*, diciendo del ejército italiano que era un ejército de bailarines y cantantes; los italianos de España invitados á marcharse, con la advertencia poco delicada de: "¡Italianos al tren!" y en una palabra, cuanto sea dable imaginar. Confieso ingenuamente que al pronto estuve indeciso; imaginé que en Madrid, los italianos debían ser degollados por las calles; me acordé de la carta recibida en Génova: preguntábame si aquel "¡Italianos al tren!" no era como un consejo digno de ser meditado seriamente; miraba con recelo á los via-

jeros que entraban en el vagón y á los empleados del ferro carril, y me parecía que todos iban á exclamar: "Ese es un emisario italiano: ¡que vaya á hacer compañía al general Prim!"...—Cerca de Miranda entra la vía en una region montañosa, variada y pintoresca; á cualquier parte que se vuelvan los ojos y hasta donde alcanza la mirada, no se ven sino rocas parduscas como mar petrificado en el momento de una tempestad.—Un país lleno de salvaje belleza, solitario cual desierto y silencioso como frío ventisquero, que hace concebir la idea de un planeta deshabitado, causando en el ánimo un sentimiento de miedo y de tristeza juntamente. El tren pasa por entre dos murallas de rocas puntiagudas, cortadas en todos sentidos y bajo todas formas, cual si en ellas hubieran trabajado hordas de canteros furiosos, en lucha entre ellos mismos por ver quién dejaba en las piedras huellas más caprichosas. La vía sale después á una vasta llanura plantada de álamos, apareciendo Miranda. La estación se halla muy lejos de la ciudad, tuve que esperar en el café, hasta la noche, el tren de Madrid. Durante tres horas no gocé de otra compañía que dos aduaneros, llamados en España *carabineros*; vestidos con severo uniforme, y armados de bayoneta revolver y carabina. En cada estación se encuentra una pareja: la primera vez, cuando ví aparecerante las ventanillas del cochelo cañones de sus carabinas terciadas á la bandolera, figuréme que iban á detener á alguien, y tal vez... é instintivamente eché mano al pasaporte. Son gallardos, valientes y corteses, y el viajero que espera puede pasar el rato agra-

dablemente con ellos, hablando de los carlistas y del contrabando, como hice yo, con gran provecho de mi fraseología española. Al anoecer entró un hijo de Miranda, hombre de unos cincuenta años, empleado, alegre, hablador, y dejé á los carabineros para juntarme con él. Fué el primer español que me habló profundamente de política. Le rogué que me descifrara ese embrollado enigma de los partidos, cuya solución no habia encontrado todavía, lo que hizo gustoso dándome la deseada solución.

—Pocas palabras bastarán—empezó diciendo:—hé aquí el estado actual de las cosas. Existen en España cinco partidos principales: el absolutista, el moderado, el conservador, el radical y el republicano. El absolutista, se divide en dos: carlista puro, y carlista disidente. El partido moderado, también en dos: uno quiere á Isabel II, y el otro á D. Alfonso. El partido conservador en cuatro, y estadme atento; los canovistas, capitaneados por Cánovas del Castillo; los *ex-montpensieristas*, capitaneados por Rios Rosas; los *fronterizos*, á cuyo frente se halla el general Serrano, y los progresistas históricos, dirigidos por Sagasta. El partido radical en cuatro: los demócratas progresistas, cuyo jefe es Zorrilla; los *cimbrios*, cuya cabeza es Martos; los demócratas, inspirados por Rivero, y los economistas, por Gabriel Rodríguez. El partido republicano, en tres: los unitarios, dirigidos por García Ruiz; los federales, por Figueras; y los socialistas, por Garrido. Pero los socialistas se subdividen en dos: socialistas con la *Internacional* y socialistas sin la *Internacional*. En junto, diez y seis

partidos. Pero estos diez y seis partidos, se subdividen todavía. Martos quiere constituir un partido exclusivamente suyo; Candau, otro; Moret, lo mismo, y Ríos Rosas, Pí y Margall y Castelar, tira cada uno de la manta, preparándose un partido propio. Son por lo tanto veintidos partidos, en parte formados, y en parte constituyéndose; añadid el partido de la república con D. Amadeo presidente; los partidarios de la reina que quisieran echar la zancadilla á D. Amadeo, los de la monarquía de Espartero, los de la de Montpensier; los republicanos á condición de que no se abandone Cuba; los republicanos á condición de que se abandone; los que no han renunciado todavía al príncipe Hohenzollern; los que desean la union con Portugal; y con todos esos nuevos elementos, formareis un total de treinta partidos. Queriendo alambicar un poco se podrían hallar algunos más, pero es mejor que tengais una idea clara de las cosas. Sagasta se apoya en los unionistas; Serrano se hallaría dispuesto á buscar un apoyo en los moderados; los moderados, á veces, harían liga comun con los absolutistas, los cuales, interinamente, dan la mano á los republicanos que se unen con una parte de los radicales para echar á rodar al ministerio Sagasta, demasiado conservador para los progresistas-democráticos, harto liberal para los unionistas que temen á los federales, mientras estos no tienen á la vez gran fé en los radicales que fluctúan sin cesar entre los demócratas y los sagastinos. ¿Qué tal? ¿Resulta clara la cosa?

—¡Clara como un cristal!—le contesté con espanto.

Del viaje de Miranda á Búrgos, me acuerdo como si fuera la página de un libro leida en la cama cuando los ojos empiezan á cerrarse y á languidecer la luz de la bujía; me moría de sueño. Un vecino me tocaba de vez en cuando para que mirase al exterior. Era una noche serena con espléndida luna. Cuando me asomé á la ventanilla, ví en ambos lados del camino rocas enormes en forma fantástica, tan cercanas, que parecía iban á caer sobre el tren, blancas como el mármol y tan claras y determinadas, que se hubieran podido dibujar todas sus puntas, todas sus asperezas y cavidades, como á la luz del sol.

—Nos hallamos en Pancorbo—me decía mi vecino;—allá, en aquella altura había una magnífica fortaleza que los franceses destruyeron en 1813. Esto es Briviesca; aquí Juan I de Castilla reunió á los Estados generales que otorgaron el título de príncipe de Asturias al heredero de la Corona. Mire Vd. el monte de la Brújula que llega á las estrellas.

Era uno de esos infatigables *ciceroni* que hablarían hasta con los paraguas; y diciéndome siempre: *miré Vd.*, me tocaba del lado donde precisamente tenía el bolsillo. Por fin llegamos á Búrgo; mi vecino desapareció sin saludarme y yo me hice conducir á una fonda. Cuando iba á pagar al cochero noté que me faltaba un pequeño portamonedas que tenía la costumbre de llevar en uno de los bolsillos del gaban. Me acordé "de los Estados generales de Briviesca," conformándome con un filósofo:—"¡Me está bien empleado!"—en lugar de desahogarme gritando, como hacen muchos:—"¡Pero por Dios! ¿en qué país me encuentrol

qué nacion es esta!"—como si en todos los países no se hallaran personas sumamente diestras que nos roban la bolsa sin tener la cortesía de darnos una noticia histórica ó una indicacion geográfica... La fonda donde paré se hallaba servida por mujeres como casi todas las fondas de Castilla. Eran siete ú ocho muchachas rollizas y musculosas que iban y venían de aquí para allá llevando en brazos colchones y sábanas, echando el cuerpo hácia atrás en actitud atlética, coloradas, jadeantes, pero sonriendo de tal modo, que daba alegría verlas. Una fonda servida por mujeres vale mucho más que los hoteles ordinarios: en ellas el viajero se encuentra ménos extranjero y descansa con el corazón más tranquilo, porque las mujeres dan á tales establecimientos un aire de casa ó de familia que hace que uno olvide por completo la soledad en que se encuentra. Son más previsoras que los hombres; saben que el viajero se halla propenso á la melancolía y no parece sino que procuran apartarla; hablan y ríen con miradas confidenciales, como queriendo indicarle á uno que está en familia y en terreno seguro. Tienen un no sé qué de amas de gobierno que no sirven por oficio, sino por el gusto de ser útiles; le cosen á los huéspedes los botones con cierta protección; le quitan el cepillo de las manos con un movimiento gracioso, como diciendo:—Déme Vd. acá, que no sirve para nada.—Le dicen:—¡Pobrecito!—si vuelve uno lleno de barro; al dar las buenas noches, recomiendan que procure no dormir con la cabeza baja, y por la mañana, cuando entran el café ó el chocolate, dicen afectuosamente:—Quistas esas ma-

nos, señorito, que eso no está bien.—Una se llama *Beatriz*, la otra *Carmelita*, otra *Amparo*; bellas todas, con aquella poderosa hermosura montañesa que hace exclamar con voz de bajo:—¡Vaya un peso hermoso, y bien aprovechado!—Cuando corrían por los corredores, temblaba toda la casa. Al día siguiente; á la salida del sol, Amparo me gritó al oído:—¡Caballero!—Un cuarto de hora despues ya estaba en la calle.

Búrgos se halla situada á la falda de una montaña, sobre la orilla derecha del Arlanzon. Es un ciudad irregular, de calles estrechas y tortuosas, con escasos edificios notables y la mayor parte de las casas no se remontan más allá del siglo xvii. Pero tiene una cualidad que la hace curiosa y original: ofrece la diversidad de colores abigarrados de esos teatros de muñecos, con los cuales los pintores quieren lograr la admiracion y el aplauso de las niñeras que á ellos concurren. Parece una ciudad pintada expresamente para una fiesta de carnaval, con el intento de blanquearla despues. Las casas son azules, verdes, coloradas, cenicientas, con adornos y perfiles de mil colores; y todo en ellas es distinto: puertas, ventanas, barandillas, rejas, cornisas, relieves, carteles. Las calles parecen adornadas para una fiesta: á cada instante sorprende una nueva perspectiva y no parece sino que los colores sostienen entre sí desesperada lucha por conquistar nuestras miradas. En verdad que todo aquello atrae, porque se distinguen colores nunca vistos en las paredes; verde, encarnado, rojo, de salsa, etc. Si hubiera en Búrgos un manicomio de pintores, se

podría decir que estos habían decorado la ciudad á su antojo un día que escaparon del establecimiento. Hacen más gracioso el aspecto de la ciudad las ventanas que tienen delante una especie de balcon cubierto cerrado por la parte delantera con una ancha vidriera, como escaparate de museo. Hay uno en cada piso, por lo menos, el superior apoyado en el inferior y el más bajo en la vidriera de la tienda, de tal modo que desde el suelo hasta arriba parecen un solo escaparate de una tienda descomunal. A través de los cristales de cada piso se ven, como en exposicion permanente, caras de muchachas y niños, flores, paisajes y figuras de papel, cortinas bordadas y arabescos. Nunca hubiera podido imaginar, á no saberlo, que una ciudad de tal modo fabricada pudiese ser la capital de Castilla la Vieja, cuyos habitantes gozan fama de graves y austeros. Mejor hubiera creído que era una ciudad de la alegre Andalucía; pensaba ver una matrona medítabunda y me hallé con una graciosa mascarita. Despues de dar dos ó tres vueltas, salí á una plaza, llamada Plaza Mayor, ó Plaza de la Constitucion, rodeada de casas intensamente coloreadas con pórticos, y en el centro de la misma la estatua de bronce de Cárlos III. Ni tiempo había tenido de mirarla, cuando un chiquillo, embozado en una capa derrotada, arrastrando dos grandes zapatones y agitando al aire un periódico, me salió al encuentro:

—¿Quiere Vd. *El Imparcial*, caballero?

—No.

—¿Quiere el premio grande de la lotería de Madrid?

—Tampoco.

—¿Quiere cigarros de contrabando?

—Ménos aún.

—¿Quiere?...

—¡Qué!... vamos á ver.

El chiquillo se rascó la cabeza.

—¿Quiere Vd. ver los restos del Cid?

—¡Sopla! ¡Y no es pequeño el salto, que digamos! Pero no importa vamos á ver los restos del Cid.

Fuimos al palacio municipal. Una vieja portera nos hizo atravesar tres ó cuatro pequeñas estancias, hasta que llegásemos á una sala donde nos paramos los tres.

—Aquí están los restos,—dijo aquella mujer mostrándome una especie de cesto colocado sobre un pedestal que se levanta en mitad de la sala.

Me acerqué, la mujer levantó la tapa, y miré dentro. Había dos divisiones, en el fondo de las cuales se veían algunos huesos revueltos que parecian pedazos de muebles viejos.

—Estos—dijo la portera,—son los huesos del Cid, y estotros los de Jimena, su esposa.

Tomé de él una tibia, y una costilla de ella: contemplé aquellos huesos, buen rato, dándoles cien vueltas en mis manos; pero no pudiendo representarme la fisonomía del marido ni de la mujer, los eché al cesto. La mujer entonces me enseñó un escabel de madera, medio roto, apoyado en la pared y una inscripcion que decía ser aquel el asiento en el cual se sentaron los primeros jueces de Castilla, *Nunius Rasura*, *Calvoque Lainus*, tatarabuelos del Cid, lo que significa

que aquel precioso mueble hace la friolera de novecientos años que se encuentra allí. En este momento o tengo ante los ojos, dibujado en mi cuaderno, y aún me parece oír que la buena mujer me pregunta:

—¿Es Vd. pintor?—Metiéndose el lápiz por los ojos con el afán de contemplar mi trabajo.

En la sala vecina me mostró un brasero tan antiguo como el escabel, y dos retratos, uno del Cid y otro de Fernan Gonzalez, primer conde de Castilla, ambos tan confusos y borrosos que daban tan cabal idea de las imágenes representadas como la tibia y la costilla de que acabo de hablar. Del palacio municipal fué llevado á una plaza á orillas del Arlazon, con jardines, fuentes y esculturas, circuida de preciosos edificios nuevos. Al otro lado del río se encuentra el arrabal de la Vega, más allá las áridas colinas que dominan la ciudad; en un extremo de la plaza la puerta monumental de Santa María, levantada en honor de Carlos V, adornada con las estatuas del Cid, de Fernan Gonzalez y del Emperador. Al otro lado de la puerta aparecen las majestuosas agujas de la Catedral. Llovía y me hallaba sólo y sin paraguas en el centro de la plaza, levanté los ojos, los fijé en una ventana, y ví una mujer, que me pareció una criada, la cual me estaba contemplando como si dijera:—*¿Quién será aquel loco?*—Cogido de improviso que dé un momento perplejo, pero luego, haciéndome el indiferente, fuíme hácia la Catedral por el camino más corto.

La Catedral de Búrgos es uno de los más grandes, ricos y hermosos monumentos de la cristiandad.

Diez veces he escrito al empezar la página estas palabras, y otras tantas me ha faltado valor para seguir adelante, tan inepto y mezquino me reconozco al comparar la fuerza de mi inteligencia con la dificultad de la descripción. Tiene la fachada en una pequeña plaza, desde la cual se puede abarcar con la mirada gran parte del edificio, mas impiden verla por los demás lados, calles estrechas y tortuosas. De todos los puntos de la inmensa techumbre se levantan agujas ligeras y graciosas, sobrecargadas de adornos de color calizo oscuro, que sobresalen de los más altos edificios de la ciudad. Por la parte delantera, á derecha é izquierda de la fachada, surgen dos torres ó agujas, llenas de esculturas, de la base á la cima, perforadas, cinceladas, bordadas, por decirlo así, con gracia y delicadeza encantadoras. Más allá, á eso de la mitad de la iglesia, se levanta otra torre riquísima, llena también de relieves y frisos. Y en la fachada, en los campanarios, en los pisos, bajo todos los arcos, en todas partes, innumerable multitud de estatuas de ángeles, de mártires, de guerreros, de príncipes, inmóviles, en actitud digna y seria, destacándose perfectamente del edificio, con tal apariencia de vida que parecen legion celeste que custodia el edificio. Cuando se tiende otra vez la vista por la fachada, desde la base hasta la punta de las agujas exteriores, abrazando poco á poco aquel conjunto armonioso de líneas y colores, se experimenta dulcísima sensación como si se oyera una música que pasara gradualmente de las notas sencillas de la plegaria, al éxtasis de sublime inspiración. Antes de penetrar en el templo,

la imaginacion se halla exaltada y como fuera de la tierra. Se entra... El primer impulso es un imprevisto ardor religioso, si se tiene fe; un deseo del alma hácia la fe, si la fe falta... parece imposible que aquella inmensa mole de piedra sea una obra vana de la supersticion de los hombres: ¡oh no! aquella fábrica colosal afirma, prueba, ordena alguna cosa. Allí sentís como una voz sobrehumana que os grita: —¡Existo!—voz que os eleva y aterroriza á un tiempo, como promesa y amenaza, como rayo de sol ó estallido de trueno. Antes de empezar á mirar, se experimenta el deseo de hacer revivir en el corazon las chispas moribundas del amor divino, y nos humilla el sentirnos extraños ante aquel milagro de atrevimiento, de genio y de trabajo. El tímido *no* que resuena en el fondo de nuestra alma, se apaga como un gemido, vencido por el *si* formidable que retumba sobre nuestra cabeza... Primero volvéis miedosos la mirada alrededor, buscando los últimos términos del edificio que el coro y los enormes pilares esconden á vuestros ojos; despues vuestra mirada se lanza á contemplar las columnas y arcos altísimos, y recorre rápida aquellas infinitas líneas que se persiguen, se cruzan, se armonizan como rayos de luz en el espacio inmenso de las bóvedas. Y goza entonces el alma con afanosa admiracion, como si todas aquellas líneas saliesen de nuestra mente inspirada en el mismo instante que las recorren los ojos... Despues experimentáis de golpe, desfallecimiento y tristeza, porque se siente que no basta el talento á comprender y la memoria á retener las innumerables maravillas que

sorprenden á cada paso, juntas, amontonadas, deslumbradoras, que antes parecen salidas de la mano de Dios, como una segunda creacion, que de la mano del hombre. La iglesia pertenece al órden llamado ojival, de la época del Renacimiento: fórmanla tres naves, divididas por una cuarta, que separa el coro del altar mayor. En el espacio comprendido entre éste y el coro se levanta una cúpula formada por la torre que se ve desde la plaza. Miráis hácia arriba y os quedáis más de quince minutos con la boca abierta: tal es la abundancia de relieves, estatuillas, ventanales, columnas, arabescos, arcos, esculturas aéreas, armonizado todo con dibujo espléndido y grandioso, cuya primera vista produce miedo y hace sonreír, como la explosion súbita é inesperada de un inmenso castillo de fuegos artificiales. Mil vagas imágenes del paraíso que alegraron nuestros sueños infantiles surgen todas juntas de la imaginacion estática y volando hácia arriba, como nube de mariposas, van á posarse sobre los miles de relieves de la altísima bóveda, y allí giran, se confunden, y vuestra mirada las persigue como si existieran realmente, y el corazon late con violencia y se escapa un suspiro del pecho.

Si de la cúpula volvéis la mirada en torno, se ofrece un espectáculo más admirable aun. Por su capacidad, variedad y riqueza, las capillas son otras tantas iglesias. En cada una de ellas se halla enterrado un príncipe, un obispo, un grande: la tumba se encuentra en medio, y tendida sobre ella la estatua del difunto con la cabeza apoyada en un almohadon, y las manos juntas. Allí se ven los sacerdotes vestidos con sus



hábitos más ricos, los príncipes con sus armaduras, las mujeres con sus trajes de ceremonia. Todas estas tumbas se hallan cubiertas con un ancho lienzo que pende por un lado y que adaptándose á los angulosos relieves de las estatuas, no parece sino que realmente cubra los rígidos miembros de un cuerpo humano. A cualquier parte que se revuelva la mirada, se ve á lo léjos, entre las desmedidas pilastras y tras las ricas balaustradas, á la incierta luz que baja de las altísimas ventanas, aquellos mausoleos, aquellos lienzos fúnebres, aquellos rígidos perfiles. Acercándose á las capillas, se queda uno turbado ante la profusion de esculturas, mármoles y oro que adornan las paredes, las bóvedas, los altares. Cada capilla encierra un ejército de ángeles y santos esculpidos en mármol, en madera, pintados, dorados, vestidos. En cualquier punto del pavimento que se detenga la mirada, es atraída hácia arriba de relieve en relieve, de hornacina en hornacina, de arabesco en arabesco, de pintura en pintura, hasta la bóveda, y de la bóveda descende hasta el suelo por otra cadena de esculturas y de adornos. Por doquiera hallan los ojos que os miran, manos que os hacen señas, cabecitas de querubines que os sonríen, colgaduras que se agitan, nubes que se elevan; soles de cristal que resplandecen: una variedad inmensa de formas, de colores, de reflejos que deslumbran y confunden. No bastaría un libro á describir todas las obras de escultura y pintura que se hallan esparcidas en esta inmensa catedral. En la sacristía de la capilla del Condestable de Castilla hay una bellísima Magdalena atribuida á Leonardo de Vinci,

en la capilla de la Presentacion, una Virgen que suponen pintada por Miguel Angel, y en otra una Sacra Familia atribuida á Andrés del Sarto. De fijo que no es conocido el autor de ninguno de los tres cuadros; pero cuando corrieron la cortina que los cubría y oí proferir con voz respetuosa aquellos nombres, sentí un escalofrío de piés á cabeza. Experimenté por primera vez con toda su fuerza aquel sentimiento de gratitud que debemos á los grandes artistas que hicieron respetado y querido de todo el mundo el nombre de Italia, comprendí por la vez primera que no sólo son ilustradores, sino tambien bienhechores de la patria; y les admiran y respetan no ya los que tengan inteligencia capaz para comprenderlos y admirarlos, sino hasta aquellos, que ciegos para las obras de arte, no se preocupan de su existencia. Porque quien no tenga sentimiento de lo bello, tendrá por lo ménos orgullo nacional; y si éste tambien le falta, no carecerá seguramente de amor propio para gozar en lo profundo de su alma cuando oiga decir, aunque sea de labios de un sacristan:— ¡Nació en Italia!....—sonriéndose complacido. De aquella sonrisa y de aquel placer es deador á los grandes hombres que nada significaban para él antes de pasar los límites de su país. Aquellos gloriosos nombres le acompañan y protegen, donde quiera que vaya, como inseparables amigos; por ellos se cree ménos extraño entre los extraños; y esparcen sobre su cabeza un luminoso reflejo de su gloria. ¡Cuántas sonrisas, cuántos apretones de manos de gente extraña, cuántas palabras corteses de personas desconoci-

das, debemos á Rafael, Miguel Angel, Ariosto, Ros-sini!

El que quiera ver en un solo día la catedral de Búrgos, ha de pasar á la carrera por delante de todas sus obras. La puerta esculpida que da al claustro, tiene fama de ser, despues de la puerta del Batisterio de Florencia, la más hermosa del mundo. Detrás del altar mayor hay un magnífico bajo-relieve de Felipe de Borgoña, representando la pasion de Cristo, ante cuya composicion se diría que la vida de un solo hombre no ha podido bastar para llevarla á cabo. El coro es un verdadero museo de esculturas, de inmensa riqueza. El cláustro está lleno de tumbas con sus estátuas yacentes, y alrededor inmensa profusion de bajo-relieves. En la capilla, en el coro, en la sala de la sacristía, por todas partes, cuadros de los grandes artistas españoles, esculturas, columnas, adornos. El altar mayor, el órgano, la puerta, la escalera, las verjas, todo es allí tan grande y magnífico que causa á un tiempo admiracion é incredulidad... Pero ¿á qué amontonar palabras? ¿Podría acaso dar idea de todo la más minuciosa y fiel descripción? Después de haber escrito una página entera para cada cuadro, para cada estátua, para cada bajo-relieve ¿podría, por ventura, transmitir al alma de los demás, ni por un instante tan solo la sensacion que yo experimenté?... Se me acercó un sacristan, y murmurándome al oído, cual si me revelara un secreto, me dijo:

—¿Quiere Vd. ver el Cristo?

—¿Cuál?

—Pues ¿cuál ha de ser? ¡El famoso Cristo!

El famoso Cristo de la catedral de Búrgos, que vierte sangre todos los viernes, merece especial mencion.

El sacristan os hace entrar en una capilla misteriosa, cierra las ventanas, enciende dos cirios del altar, tira de un cordón, se descorre una cortina y aparece el Cristo. El que á su vista no eche á correr, es un valiente; un cadáver real y verdadero, pendiente de la cruz, no causaría más horror. No es uaa escultura de madera pintada, como los demás Cristos: tiene cabellos, cejas, pestañas, barba de verdadero pelo. La cabellera empapada en sangre, y sangriento el pecho, las piernas, las manos. Las llagas son verdaderas llagas, y el color de la piel, la contraccion del rostro, la actitud, la mirada, todo es horriblemente real. Diríase que al tocarlo se ha de sentir el estremecimiento de los miembros y el calor de la sangre; parece que sus labios se mueven para exhalar un lamento. No se puede permanecer allí mucho rato, y á pesar nuestro se vuelve la cara y se dice al sacristan: —"¡Lo he visto ya!"—Despues del Cristo, hay que ver el cofre del Cid; un cofre grieteado, carcomido, que cuelga de la pared de una sala de la sacristía.—Cuenta la tradicion que el Cid llevaba este cofre consigo en las guerras contra los moros, y que servía de altar á los sacerdotes para celebrar el sacrificio de la misa. Un día, hallándose con los bolsillos vacíos, el invencible guerrero llenó el cofre de piedras y de hierro viejo, lo presentó á un usurero judío y le dijo:

—El Cid necesita dinero. Podría vender su teso-